pendencia, que era conveniente poner cortapisas á la autoridad del poder supremo, para que no abusase de la fuerza en contra de los verdaderos intereses de la nacion: y tengo para mí, que si los hombres del año de 12 se hubieran convencido que la nacion española estaba fatigada de la tiranía de los privados, pero que no queria en cambio la tiranía filosófica, con todo el séquito de las teorías descabelladas del siglo XVIII y de la asamblea constituyente, no hubieran encontrado tan tenaz resistencia, ni hubiéramos visto nuestra desgraciada patria anegada en un piélago de sangre y de lágrimas.

"Ahí está el orígen de nuestros males: en ese muro de division que se ha levantado entre la religion y la política, en haberse hecho el nombre de novedad sinónimo de irreligion, el de reforma sinónimo de destruccion, el de libertad de licencia: y este pueblo grande y generoso, que á pesar de ser motejado de bárbaro por miserables habladores que no son capaces de conocerle, conserva un fondo de nobleza que pocas naciones sabrian imitar, ha dicho ya mas de una vez: "Si quereis la libertad, si quereis nuevas instituciones políticas, enhorabuena, hágase lo que se juzgue conveniente; pero si me engañais, conozco mi fuerza y sabré emplearla;" palabras terribles en boca de un pueblo como el español, que tiene tan vivo sentimiento de su fuerza, y que sabe echar mano de ella con tanto brio y energía, con tan heróica constancia. Yo no sé si se ha reparado que este pueblo, á quien algunos han querido pintarnos tan indiferente, tan apático y tan abatido, es, sin embargo, el pueblo mas terriblemente tenaz é indócil, cuando se le quiere manejar contra su voluntad, cuando se le quiere imponer la ley á la fuerza.

"Todos los grandes ejércitos, todos los inmensos recursos, toda la habilidad y astucia del capitan del siglo, se estrellaron contra la firmeza y heroismo de los españoles. Las grandes naciones de Europa, esas naciones tan brillantes y poderosas, habian doblado humildemente su cerviz, y la tenian aplastada bajo la planta del vencedor de Marengo, Austerlitz y Jena; y los bisoños soldados españoles peleaban impertérritos con los veteranos imperiales que venian orlados con los trofeos de la Europa vencida; y cuando las grandes capitales de Europa y sus mas inespugnables fortalezas se habian humillado ante los ejércitos franceses, contemplando sus triunfantes entradas con asombro y espanto, Zaragoza, Tarragona y Gerona burlaban con su constancia y denuedo todos los esfuerzos del valor, de la esperiencia y del arte. Nadie ignora cuáles eran las grandes ideas que pusieron á la sazon en movimiento al pueblo español: *Religion, patria y rey;* he aquí las palabras que circulaban

por todas las bocas; hé aquí lo que resonaba en todas partes, lo que se aclamaba en el combate, lo que se oia en los himnos de victoria, lo que daba aliento y esperanza en la adversa fortuna; he aquí lo que comunicaba á los españoles aquel brio y energía que les grangeó la admiracion de la Europa entera.

"Cuando los pueblos están dominados de ideas tan grandiosas, adquieren aquel temple de alma necesario para salir airosos de las mayores empresas. Como ideas semejantes se ligan con todo lo mas caro que tiene el corazon del hombre, y con cuanto le inspira mas veneracion y acatamiento, la accion que de ellas resulta es irresistible, duradera, tenaz, á la prueba del tiempo: y si ha llegado á encrudecerse con el combate, es menester ó respetar las ideas del pueblo, ó aniquilarle. Los choques vivos, la compresion lenta y poderosa, no conseguirán mas que aumentar la fuerza y elasticidad del resorte; éste gastará siempre el agente que le contraresta, y si una mano imprudente se le opone de golpe para detenerle del todo, esta mano será hecha pedazos." (*Consideraciones políticas sobre la situacion de España, cap.* 14).

Así mirábamos en Agosto de 1840 la situacion del pueblo español, así la miramos todavía ahora. No desconocemos los sulcos que ha dejado entre nosotros la revolucion; no se nos ocultan los que puede abrir de nuevo; no alimentamos la ilusion de que las creencias de la España del siglo XIX sea tan generales y tan vivas como las de la España del siglo XVIII; no pensamos que la España monárquica de Isabel II, sea la España monárquica de Cárlos III; pero sin que dejemos de hacernos cargo de las mudanzas que consigo lleva el curso del tiempo y de los acontecimientos, sostenemos, sí, que no hay sistema de salvacion para nuestra desgraciada patria; que no hay otro medio para volverla á su movimiento regular y saludable, que hacerla girar sobre los dos polos que arriba hemos indicado. Sostenemos, sí, que los dos poderosos elementos que deben regenerar á esta nacion desventurada, son los dos sentimientos que todavía se conservan entre nosotros: el *monárquico y el religioso.* Porque lo que necesita la nacion, es poder, y el poder en España es imposible sin monarquía; lo que necesita la nacion, es una reorganizacion social, y la reorganizacion social no se llevará á cabo si á ella no preside la religion.

Véase, pues, cómo ha hecho muy bien el *Conservador* en suponernos agenos del pensamiento de abogar por la *democracia pura;* véase cómo ha hecho muy bien en no suponernos ciegos admiradores de otros pueblos, tomando por vigor y energía, lo que es en realidad una agitacion febril. Mil veces hemos fijado nuestros ojos so-

bre esa gran nacion que aterró al mundo con su revolucion colosal, que se desbordó en seguida como un torrente devastador é inundó la Europa con raudales de ardiente lava, que pareció entrar por algunos momentos en su álveo, para correr por él sosegada y dichosa; pero que, agitándose de nuevo, arrojó con sola una convulsion á pais estrangero, á tres generaciones de reyes; mil veces hemos fijado sobre ella nuestros ojos, y al verla con un poder que mas bien lucha que gobierna, que mas bien se defiende que no protege, que se ve forzado á velar de continuo por su conservacion, sin que pueda velar por los intereses de la sociedad; al verla con esa tribuna imprudente que la enflaquece y la compromete; con esa prensa impetuosa que la perturba; al verla minada de sociedades conspiradoras que trabajan incansables, no solo para derribar el poder ecsistente, sino tambien para trastornar radicalmente la sociedad; al verla cuál consume en disputas estériles, en recriminaciones personales, en conmover y levantar las pasiones, ese caudal de inteligencia y conocimientos de que se halla enriquecida; lejos de admirar esa agitacion, ese movimiento, lejos de envidiar su posicion, lejos de juzgarla ventajosa, oprímesenos el corazon al pensar en su porvenir; porque nos parece que en el siglo presente como en el pasado, está tambien destinada á ofrecer á los pueblos algun doloroso escarmiento.

LA CIENCIA Y LA SOCIEDAD.

Hombres hay que viven en lo pasado, y los hay tambien que viven en el porvenir. Unos y otros condenan lo presente; aquellos ensalzan lo que fué, estos lo que será; los primeros se consuelan con recuerdos, los segundos con esperanzas: al fijar sus miradas en lo futuro, los unos exhalan un gemido y entonan funerales endechas, los otros saludan con himno entusiasta la aurora de un nuevo dia.

No nos afligen presentimientos tan tristes, ni nos deslumbran ilusiones tan halagüeñas: la descendencia de Adan sigue su penosa marcha sobre la tierra, segura de no encontrar aquí las perdidas mansiones de Eden; pero tampoco nos parece que la sociedad haya de sumirse de nuevo en el caos, y que su doliente seno haya de ser entregado sin piedad al suplicio del buitre. En pos de horrorosa tormenta, el Eterno hace resplandecer en las nubes el arco de la esperanza.

Creemos que en esto, como en muchas otras cosas, hay no escasa ecsageracion de una y otra parte; y no acertamos á ver qué beneficios pueden resultar á la humanidad, ni de ser engañada con mentidas promesas, ni espantada con tan formidables amenazas. De esta suerte se enciende en demasía el ardor de los unos, y se hiela la sangre á los otros; é impulsada la sociedad hácia puntos diferentes, pierde en la incertidumbre un tiempo precioso.

Contribuye no poco al aumento de la confusion de semejantes ideas, la falta de buena fé en algunos de los que en opuestos sentidos militan; notándose que en las razones alegadas, mas bien es-